

PRECIO DE SUSCRICION.

EN MADRID.

Por un mes.	6 reales.
Por tres id.	16 »
Por seis id.	32 »
Por un año.	60 »

La suscripcion empieza siempre en 1.º de mes.

ADMINISTRACION Y REDACCION,

Huertas, 10, principal.

Para todo lo concerniente á la Administracion y Redaccion, dirigirse al DIRECTOR DE GIL BLAS.



PRECIO DE SUSCRICION.

EN PROVINCIAS

Por tres meses, en la Administracion ó por comisionado.	24 reales
Por seis id.	80 »
Un año.	30 »
ESTRANJERO, tres meses.	6 pesos.
ULTRAMAR, un año.	6 pesos.

La suscripcion empieza siempre en 1.º de mes.

ADMINISTRACION Y REDACCION,

Huertas, 10, principal.

No se sirve suscripcion cuyo importe no se haya recibido en esta Administracion en letra ó sellos de franqueo

GIL BLAS.

LA MUERTE POLÍTICA

DE UN MINISTRO.

Diálogo en la alcoba.

—¿Cómo está?
 —Espirando.
 —Dígale Vd. si quiere confesarse, que está aquí el cura.
 —¿Quiere V. E. confesarse?
 —¡No tengo tiempo para decir todo el mal que he hecho!
 —¡Bah! señor, todavía le quedan á V. E. tres días de vida.
 —¿Tres días? ¡Pues ya ves como no hay tiempo bastante!
 La muerte.—¡Vamos á ver! ¡Todo el mundo afuera! ¡Hola, Manolito! ¿Vámonos?
 —Cuando quieras.
 —Sí, hombre, ya es tiempo de que dejes en paz al país y á los españoles.
 La Hacienda.—¡Dejad que yo le vea!
 El Ministro (á la muerte).—¡Vámonos pronto, que está ahí esa bruja!
 La muerte.—¡Buenas noches!
 El ministro.—¡Abur, señores! (Mutis.)
 La Hacienda.—¡Todo el mundo á la fonda! ¡Yo pago!

Después de muerto.

—¿Se le pondrá en cama imperial?
 D. Leopoldo.—No señor; cama real.
 Cánovas del Castillo.—No señor, cama nacional.
 Gil Blas.—Mejor será un catre.
 El Sr. Hazañas.—¡Ezo es! ¡Arza pa el catre!
 —¿Quién se queda á velarle?
 —Los consejeros del Banco de España.
 —Estará mal á la intemperie... sin techado... ¿Con qué le cubriríamos?
 —¡Echele Vd. encima al Sr. Tejado!

La esquela.

EL MINISTRO DE HACIENDA HA PASADO AL OTRO BARRIO.

El presidente del Consejo de Ministros, el gabinete, la alcoba, el comedor, los cambiantes de monedas y la mona del Retiro, suplican á Vd. asista á sus funerales, que se celebrarán en el Campo de Guardias mañana á la hora conveniente, si el tiempo lo permite.

El duelo se despide á empujones.

Lo que dijeron los periódicos.

Anoche, entre once y cuarto y once y medio real, fué conducido el jinanimado cuerpo del ministro de Hacienda, desde el Banco de España á la sacramental de Santo Domingo y San Cándido. La comitiva fué numerosa. Llevaban las cintas del féretro, los accionistas del Banco inglés, los oradores de la Union liberal y los actores de los teatros de Madrid y provincias. Llegado que hubieron á la última morada (que esta vez era verde), el general O'Donnell pronunció un discurso que no podemos trascribir, porque nuestro traductor de griego se halla enfermo. El conocido actor cómico D. Mariano Fernandez, improvisó unas graciosas coplas á petición de los ministros de la corona, en cuyos semblantes pudimos observar el dolor que se usa en estos casos. Dos minutos despues todo habia concluido, y algunos poetas vicalvaristas se retiraron á combinar la manera mejor de escribir una corona patatética en honor del malogrado hacendista.

R. I. P.

El epitafio.

AQUÍ YACE
 EL MINISTRO DE LA HACIENDA DEL REINO.
 NO ESPERES ¡OH CAMINANTE! ENCONTRAR
 FLORES EN SU TUMBA.
 LOS HOMBRES DE ESTA ÉPOCA NO FUERON
 APRECIADOS POR SUS CONTEMPORÁNEOS HONORABLES.
 LA PATRIA PARTIDA EN DOS
 DEDICA ESTE SENCILLO MONUMENTO
 AL REGENERADOR DE LA PESETA.
 1866.

La posteridad.

Año 1976.—Un papá y un niño se van á pasar la tarde al Campo de Guardias. Uno de los niños se para ante una losa, sobre la cual hay una cruz de palo.

El nene.—¡Ay, papá, un sepulcro!

El papá.—Es verdad. ¡Qué descubrimiento!

El nene.—¿Será del tiempo de los moros?

El papá.—No, mono mio; es del tiempo de los paganos.

El nene.—¿Y quién fué este ministro?

El papá.—Este fué un ministro muy famoso en su tiempo; inventó el Banco inglés y las velas de sebo, y fué muy perseguido por los suyos. Era torpe, y murió ídem. ¡Imitad su ejemplo!

Eusebio Blasco.

LA CARTERA DE HACIENDA.

El que esté dotado de corazon sensible, prevenga el pañuelo; porque en verdad se lo digo, el caso no es de risa.

En el fondo de esa frivolidad de que se acusa al período que atravesamos, hay todavía algo profundamente solemne, que agita corazones y enardece inteligencias.

Ya sé que hemos perdido el ideal religioso.

Ya sé que tenemos vaga y oscura la noción de lo justo.

Llamamos exageracion á lo bello; salvagismo á la virtud; convenido; pero nos queda todavía una aspiracion:

Ser ministros.

Yo mismo lo he deseado; todos lo deseamos más ó menos: si alguno de vosotros califica de pecaminoso mi deseo, el que esté libre de semejante culpa, ese me arroje la primera patata.

¡Ser ministro!

¿En qué idioma, dialecto, ó gerga, no se pronuncia mil veces, con verdadera fé, la frase «¡si yo fuera ministro!»

Así, al leer el párrafo que decia: «El Sr. Alonso Martinez ha hecho por fin dimision del ministerio de Hacienda, á causa del mal estado de su salud,» yo no sé qué cosa pasó por delante de mi cara, y, como dijo el otro, el pelo de mis carnes se erizó.

Y esas cosas, me sucedieron porque me puse á considerar la noche que pasarían millares de millares de españoles.

Un ministerio vacante, nos pone á todos los varones de esta tierra en potencia propíncua de amanecer ministros.

Son innumerables los hombres que desde un gobierno de provincia, desde una direccion, desde una subsecretaría han hecho milagros electorales; todos estos creen que, habiendo justicia, á ellos y á nadie más debe ir á parar la cartera.

Los parientes por consanguinidad y por afinidad de todos los ministros; los que han sido sus caseros cuando aquellos eran meritorios; los que los tuvieron de huéspedes cuando estudiantes; los que tienen tierras colindantes con sus tierras; los que les han prestado dinero; los que han escrito folletos sobre metales; los que han fundado sociedades de crédito; los que han tenido provisiones de paja ó de utensilios; los que han arrendado contribuciones... todos estos, y otros, se creen tan exclusivamente llamados á ocupar el ministerio, que no tendrían reparo en fiar su causa al juicio de Dios, como se decia en la Edad Media, ó en disputárselo á trancazos, como se dice hoy día.

Imaginad ahora, almas tiernas, qué amaneceres, y qué anohecidos serán los de esa tropa.

En días de cartera vacante os encontrareis con gran número de hombres distraídos; que olvidan hasta la hora de comer; no os responden al caso; se quejan de todo, no paran en ningún sitio; tienen sed; no pueden dormir; y es porque ven con impaciencia que pasa el tiempo y su nombramiento no llega.

Los sueños de esas noches son horribles.

El uno se figura que con una caña de pescar le hacen al hígul con el nombramiento, y va jadeando y saltando, y sacando un palmo de lengua, y dando zarpazos al aire sin alcanzar nunca el papel, que de cuando en cuando le roza las uñas.

El otro, en su febril insomnio, va á sentarse en la poltro-

na, y el mueble desaparece haciéndole caer sentado en el suelo.

El otro imagina que va á entrar en el despacho del ministerio, y cuando ya iba á atravesar el umbral, la mampara se aleja. Da un paso hacia adelante, y la mampara lo da hacia atrás; y camina, y camina, y hace leguas fatigándose, y siempre se encuentra á igual distancia de la mampara.

Eso les pasa á los que son capaces de dormir.

Los que no, andan ojerosos, de una casa á otra, combinan cien planes rentísticos, todos casi perfectos, escriben cien cartas, piden entrevistas, abandonan sus negocios, preguntan, indagan, inquieren, hallan contradicción en todo, nadie sabe darles una noticia que parezca verosímil; se queman la sangre... ¡Y si tienen acreedores...! ¡Aquello es inefable!

Ser ministro; esto es, ver realizadas todas mis esperanzas, convertir en hecho positivo las más altas ambiciones; recibir el pago, la compensación de mis desafíos, de mis encarcelamientos, de los peligros corridos, de los golpes de audacia con que he contribuido á sostener á los de mi trínca; de mis atropellos en favor del orden.

Ser ministro: satisfacciones de amor propio, gran sueldo, carruaje, gente que me pedirá gracias, un título de Castilla en perspectiva, asegurarme para siempre dos ó tres distritos electorales, irme arrimando á la senaduría, entrar en palacio, recibir sonrisas de esposas de banqueros, de hijas de banqueros, de viudas recientes de banqueros...

Pero, ¡no ser ministro! ¡Perder tanto bien después de creerlo seguro!

Haberse puesto en ridículo hablando de patria, y de mil bagatelas para verse pospuesto á otro.

La mujer, la hermana, el criado, el mozo de café, el que se sienta á vuestro lado en el teatro, el hombre que os trae el vino, el cura de la parroquia, todo el mundo os mira con sonrisa burlona, que viene á decir:

—¡Jesus, qué tonto! ¿Pues no se figuraba que le iban á hacer ministro?

Roberto Robert.

FOTOGRAFÍA CÓMICA DE LAS CÓRTESES.

¿Por qué caíste despeñado al suelo,
astro del Banco inglés, tan afrentoso?

¡Ah! No preguntéis por qué cayó. ¡Si no podía por menos! Preguntad por qué subió al poder, que es lo que todos ignoramos.

Era Alonso Martínez un apreciable sugeto, que ganaba mucho dinero defendiendo pleitos. Metióse á ministro, y perdió el tiempo, la paciencia, la salud,—y la Hacienda. ¡Y era tan guapo!

Delgado, casi joven, fino, con su pelo negro, su levita nueva.... Aun me parece que le estoy oyendo decir: ¡Mi honra está muy alta! Porque eso sí, el pobrecito, siempre que se veía apurado, ponía por medio su honra.

Y vea Vd. cómo un hombre, con la honra muy alta, con el pelo negro y con voz de primer galán, no sirve para ministro de Hacienda.

Y ha caído ¡pero con gracia!

La mayoría celebró con un discurso su caída. Y un discurso del señor Hazañas, que es lo mismo que comer carne en Viernes Santo.

Procedamos con método.

Continuaba la discusión sobre el monstruo de siete cabezas.

Tocábale el turno á D. Gabino Tejado, que queriendo hablar en contra, hizo el caldo gordo al ministerio.

Retrato de D. Gabino.—Ni alto, ni bajo; algo jorobeta, y agraciado de cara. Por lo ménos á mi me hace gracia. No tiene en todo su individuo la más ligera señal de esas que los novelistas atribuyen á las inteligencias superiores:—ni mirada, ni frente, ni lábios, ni sonrisa, ni apostura, ni donaire, ni vigor, en fin, ¡ni aun tiene calva zapatera!

Y, no obstante, su fisonomía tapa algo; ¿qué veis debajo de aquello? Yo creo ver un lego de convento atracándose de judías.

Pues este hombre pide la palabra, se levanta, y habla. ¿Cómo habla?

Su voz es parda como su gaban, su entonación es monótona, su decir torpe, su expresión incompleta, su acción remilgada: jamás eleva el tono, carece de energía, tiene algo de hembra en la manera de expresarse, y ni mira derecho, ni pone el cuerpo derecho, ni discurre á derechas.

¿Qué dijo? Trató de herir al Gobierno, y dijo lo que más podía halagarle: ¡Le trató de liberal! Ahí me las den todas, contestaba Posada.

Destino de ciertas criaturas: impotentes para el bien, impotentes para el mal, condenadas perpétuamente á tragar saliva, dan al mundo el espectáculo de un rostro señalado por las tempestades del alma en lucha con la luz.

¡Y decía que iba á hacer el proceso del liberalismo, él, con la cara que tiene! ¡Hay una Providencia! Cada causa tiene los defensores que necesita.

Para contestarle, la mayoría le echó al señor Hazañas, orador muy conocido, y muy andaluz, y muy jacarandoso, el cual pronunció un discurso que nada tenía de nuevo: yo recuerdo haberlo oído en el barrio de Triana.

Hé aquí la sustancia de su discurso:

El Sr. Hazañas.—Zeñores diputaos, me alevento precisamente á dar caza ar zeñó Gabino Tejado, y aquí traigo la escopeta. Ezto me paece á mi un monte en que cada quisque apunta á la liebre y mata á la zorra, zi ez que no ze le va er tiro po la culata.

Como yo zoy azina, me alegro que er zeñó Pozada haya dizparao un cañonazo ar zeñó Tejado, cuando esta prezonía solo le hubiera zortao una perdigoná en la jeta.

Zeñores, yo no entiendo er jaleo é la política, pero zé cómo ze arcanza un mómio con cuatro chafarditas en confianza. A contar un cuento no me gana ni el zuzun cordan, pero no zoy competente en na, lo juro po ezte puñao é crucez. ¡Ajajaita! ¡Y que er nene ze mama er deo!

Lo digo de verdad; zoy apasionado de los hombres cruos, y á mí tóo el que atiza fuerte me jaze muchísima é la gracia: pues ya ze ve, como que adoro al duque de Valencia zólo porque tuvo la hombrá de mandarme á Filipinas de un salto. ¡Caracoles, y que caló que jaze en aquel paiz, camaraitas, yo gorví medio azao!

Pues zi este cura confiesa esto, ¿cómo no ha de confezar que er duque de Tetuan es mi compare? Y nos queremos de mistó; y lo que er pida, yo lo voto; y ze acabó la fiesta, y aquí paz y después gloria. Porque no nos andemos con escrúpulos de monja: ¿pa qué ez uno diputao ministerial? Pa jaze tóo lo que ar gobierno ze le antoje. ¿Me explico? Ya lo creo. ¡Animo, zeñor duque de Tetuan; y cuente V. S. conmigo, que le estimo de veras, comparito!

Me voy á jaze cargo der liberalismo der zeñó Tejado. Pues zeñor, érase un paizano mio, que ze metió á cura; y tóo er zanto dia ze lo pazaba comiendo las hostias y escurriendo las vinajeras. En fin, que cantó misa. Aluego tomó pipa pa la corte; y aquí ze gizo un eleganton de primera zuela: primero zalia de noche, luego de dia; jasta que un camará nuestro ze lo topó en la calle con bigote y perilla, que ze las habia dejao. —Paizano, le dijo, estoy turulato; ¿puz no ez ozte cura? —Zi, zeñó, pero no egerzo. Ezto le paza ar zeñó Tejado; es liberal, pero no egerce.

Creo que ya he charlao bastante, recogiendo las migajas que habia por el suelo; ahora diré, que er zeñó Gonzalez Serrano, con zepararse de nozotros, está jaciendo música celestial; y que ze cree un Tamberlik, zólo que en vez de dar el do, zuerta un pavo.

Er zeñó Moyano ha dicho que yo votaria con él poique en las Constituyentes tuve esta debilidad. ¡Ay qué gracia! ¡Puz zi en aquer tiempo éramos unas criaturas! ¡Apenas he ganao yo dinero de entonces acá! ¡Me jago tiestos!

Voy á zentarme; pero antes le diré á mi compare er duque de Tetuan, que no ze ande en chiquitas; y que zi ze arma la bronca, que zacuerde del zeñó Alejandro, que cortó er nuo en vez de dezatarlo.

¡Conque, camarás, zalú y jasta otra!

Luis Rivera.

EL RETO.

Entre bramidos de rabia
y tufaradas de sangre,
con ojos como centellas,
y dedos como puñales,
á la arena del Congreso
saltó Leopoldo una tarde.

No de otra suerte á la plaza
saltar pudiera arrogante
un berrendo de Gaviria
de cinco ó seis navidades,
llevando escrito en la moña:

á mi no me tose nadie.

Secos estaban sus lábios,
amarillo su semblante,
y en el temblor de la barba
conocer era muy fácil
que le animaba el recuerdo

de Pamplona y Manzanares.

Al verle tan indignado
llenóse de gozo Elduáyen,
apretó Barca los puños,
hizo Alarcon dos visajes,
y Hazañas dijo á Valverde:

—¡Jezos es un mozo, compare!

Jamás á tamaña altura
rayaron en casos tales

los oradores famosos
de las pasadas edades.

Ni Ciceron, ni Demóstenes,
ni Sheridan, ni Fitz James,
ni el guapo Francisco Estéban

ni Pirracas el abate,
pueden, cuando habla Leopoldo,
con Leopoldo compararse.

¡Qué brillantez en la forma!

¡qué galanura en la frase!

¡qué verdad en el conjunto!

¡qué riqueza en los detalles!

y sobre todo, ¡qué fuego

cuando mira á todas partes,

y dice:—«que me los traigan,

que quiero ver cómo saben!»

¡Ah! qué hermoso y qué inspirado,

y qué sublime y qué grande,

debió estar el otro día

en el siguiente pasaje:

—«Entre mí y los progresistas

ya los arreglos no caben;

ó ellos me arrastran, ó yo

me los como con tomate.

Que conspiran sé por ellos,

cual juntos lo hicimos ántes;

y hoy, que á mí no me conviene,

¡ay de aquel que se desmande!

Cuando existen *diferencias*

las *comparanzas* no valen;

y no es bien que piedad *haiga*

mientras aliente un culpable.

Yo soy leal, soy honrado,

soy el hijo de mi padre;

y ellos caerán, de seguro,

(como en efecto, no caen.)»

Cuando así Leopoldo hablaba
retemblaban los cristales,
retemblaban los maceros
y las piedras de la calle.
Pero un geólogo me ha dicho,
de ese temblor al hablarme,
que los temblores de tierra
son un producto del *aire*,
que en la nada se fabrican,
y en la nada se deshacen.

M. del Palacio.

LOS GRANDES HOMBRES DEL DIA.

EN CIENCIAS, EN ARMAS, EN POLÍTICA, EN LETRAS, EN ARTES, EN
EL CLERO, EN LA PÚRPURA Y EN LA TRAMPA.

LAMÁRMORA.

Presidente del Consejo de Ministros y encargado de la cartera de Estado, el general Lamármora es hoy una de las primeras figuras del gobierno italiano.

—¿Militar y jefe del gobierno? Preguntarán nuestros lectores. ¿Luego allí, como aquí, impera el sable?

—Poquito á poco. Fuera de España se dan casos. ¿Quién duda que un general puede alguna vez ser presidente del Consejo de Ministros? Pero ¡siempre! ¡Ah! no, esto sólo pasa en nuestra amada tierra.

Y tan necesario nos es á los españoles un general al frente del gobierno, que el año 1860, al emprender la guerra de Africa, se fué á guerrear el mismo gobierno, ¡y tan frescos!

Hoy que Italia piensa en la guerra, el general Lamármora deja el gobierno, porque cree que gobernar y guerrear, como soplar y sorber, no puede ser.

Quizá vosotros caigais en la flaqueza de pensar como el general Lamármora.

Sólo nuestro D. Leopoldo no cae nunca en estas flaquezas.

Pero entremos en materia.

Alfonso Ferrero, marqués de Lamármora, hijo de una de las primeras familias italianas, tiene hoy 60 años. Nació el 17 de Noviembre de 1804, penúltimo vástago de los diez y seis que tuvo el marqués Celestino Ferrero de Lamármora con la *signora* de Berzé. Estudió en la Academia militar, y de ella salió á los 19 años de edad hecho teniente de artillería.

En 1841 ascendió á capitán, y tomó después una parte activa en la primera guerra de la independencia italiana, distinguiéndose en Borghetto y Peschiera.

En 1848 fué nombrado general de brigada, y hallándose en Toscana cuando Carlos Alberto pasó el Tesino, no pudo llegar con su cuerpo de ejército sino después de la derrota de Novara, donde murieron por entonces las esperanzas de Italia.

Carlos Alberto abdicó en su hijo Víctor Manuel, y éste nombró á Lamármora ministro de la Guerra.

Génio activo y organizador, á él debe Italia el magnífico ejército que pudo presentar en campaña en 1859.

Hablemos del hombre.

Fisonomía física: Alto, seco, largo, delgado, estrecho



CUESTION GORDA.

El que huye — ¡Qué me matan! ¡Socorro!
La Hidra. — ¡Calla, silbante!

como la hoja de una espada, con una nariz de muy señor mío, sin un pelo blanco, y de una agilidad rara que demuestra su afición á la gimnasia. Si le encontráseis sobre un rocinante en un camino, excluiríais:—¡Don Quijote! Así le pintan las caricaturas de los periódicos satíricos de Italia.

Fisonomía moral: Hombre severo, pero honrado; después de haber sido ministro más de seis veces, y perteneciendo al primer rango de la milicia, ha tenido que vender para pagar sus caballos, unas tierras que le habían regalado después de la guerra de Crimea. (¡Ah! No se me olvide, Lamarmora mandó el cuerpo de ejército que Italia envió á Crimea,—dejando otra vez la cartera de ministro. Lo mismo hubiera hecho D. Leopoldo.) Tipo puramente militar, se rie de los paisanos y mira con desden á los voluntarios; esto, sin embargo, no le ha impedido firmar el decreto relativo á Garibaldi para la formación de los veinte batallones de voluntarios,—lo cual prueba que el asunto de la guerra está en punto de caramelo. Vulgarmente se le llama *il caporale*, y así le nombran los periódicos, de los que el general no hace caso. ¡Hombre, lo mismo que D. Leopoldo!

Fisonomía intelectual: Falto de iniciativa, espíritu recto, pero de pocos alcances, sobresale por una tenacidad extraordinaria. Como toda su ciencia política se resume en esta fórmula: *Italia una é indivisible*, heredada de Cavour, y su honradez y entereza no le permiten separarse de ella; he aquí que no necesita discurrir mucho para servir dignamente á su patria.

En una palabra, es buen militar, y uno de los mejores generales del ejército italiano.

Seamos francos; como diplomático tampoco es rana que digamos; y si no, preguntádselo á nuestro ministro de Estado, que sudó tinta para contestar á su *nota* del mes de Enero último.

Este es el hombre. ¿Quereis más detalles de su carrera? Cuando volvió de Crimea entró en el ministerio con Ca-

vour, y salió de él en 1859 para hacer la guerra al Austria. (Otra vez me acuerdo de D. Leopoldo, que tiene la gracia de no soltar la cartera por todas las guerras de este mundo.)

Concluida la guerra bruscamente por el tratado de Villafranca,—tragándose el emperador Napoleon la baladronada de *Italia libre desde los Alpes al Adriático*,—el general Lamarmora entró de nuevo en el ministerio, encargándose de las carteras de Guerra y de Marina; y desde 1864 desempeña el puesto en que hoy le vemos, de jefe del gabinete.

Dos de sus numerosos hermanos se han distinguido en la milicia. Alberto sirvió en las últimas guerras del primer imperio, y es autor de la obra más notable que se conoce sobre la historia y la topografía de la isla de Cerdeña. Sus compatriotas le han levantado una estatua.—Otro hermano, Alejandro, también militar, creó el célebre cuerpo de *bersaglieri*; á imitación del cual, el duque de Orleans creó en Francia los cazadores de Orleans, después cazadores de Vincennes, y hoy cazadores á pie.

Una observación para concluir:—Hemos visto que el general Lamarmora, en las diferentes ocasiones que ha tenido que partir para la guerra, ha dejado siempre la cartera ministerial, y esto nos ha hecho pensar en D. Leopoldo.

Seamos justos: el general Zabala salió de Madrid para hacer la guerra á Prim, y tampoco dejó la cartera de Marina, á pesar de nuestros apuros del Pacífico.

Y... hagan Vds. los comentarios.

GIL BLAS.

P. D.—En el número próximo, la biografía de Stephens, jefe de los fenianos y gran agitador de Irlanda.

Mas adelante, y cuando le llegue su turno, la de Cosme, obispo de Tarazona y gran agitador de la gente que se viste por la cabeza.

Se suplica á las personas que tengan datos se sirvan remitirlos á esta redacción.

CABOS SUELTOS.

—A ver, que se me presente el robo de esta semana.
—Aquí estoy, soy hijo del pagador de Obras públicas de Toledo que se fugó con el dinero.
—Está Vd. despachado.

Ha dado el gran revolcon
un ministro de la Union
con la silba más tremenda...
¡Ya se ha catado el melon!
sigamos por esa senda.

Dijo en en el Congreso O'Donnell:
«Entre el partido progresista y yo hay un duelo á muerte.»
¡Ah! infeliz avecilla.

No he visto un hombre que manifieste tantos deseos de que se eche la gente á la calle, como el general O'Donnell.
¡Vamos, lo pide con mucha necesidad!
¡Ojo!

La Hacienda se está arreglando
sin que se nombre ministro:
pues señor, bien; si la arreglan,
lo mejor es suprimirlo.

El pobre Alonso ya pagó el pato y hoy es vecino de Leganés, busca Leopoldo tres pies al gato, pero, ¿y la mano de D. Manuel?

Perora Hazañas, sube Meneses, echan el pego donde yo sé, sigue el gobierno con los ingleses, pero, ¿y la mano de D. Manuel?

Mi apreciable Gil Blas:

Estoy hecho un tigre; una sierpe de siete cabezas; una hidra.

Y cuidado que yo no soy revolucionario. Pero ¡ya se ve! ¿Quién no se enfurece al oírse llamar melon?...

Si hubiera sido calabaza... era otra cosa. Esto tendría cierto olorillo á Posada Herrera. Porque, has de saber, que yo soy partidario decidido de los días de fiesta.

¿Quién hoy día no lo es?... Las nueve décimas partes de la nación se componen de niños, estudiantes, y presupuestívoros.

¿Y te parece que á estos les gusta trabajar?... ¿Cómo, sobre todo, le ha de gustar al presupuestívoro, á ese sér, que sólo al olor del trabajo, los dedos se le antojan huéspedes, y al de la nómina, cucharas?...

Para el presupuestívoro, el mejor almanaque sería aquel en que los meses fueran una fiesta continua...

Mira que te lo digo por experiencia propia. Mi bello ideal ¡sería encontrarme una semana que empezase....

LUNES..... San Leopoldo. † *Gala con camison.*

MARTES..... San Pepito Posada, patron de los electores.

MIÉRCOLES. Nuestra Señora de los Camelos. † *Cumpleaños de los cupones.*

¡Qué felicidad!!!

Quedamos, pues, en que el calificativo de melon que has empleado para zaherirnos, sobre ser injusto, es altamente inconveniente.

Como que con las fiestas esta identificado *El Pensamiento Español*... ¿Quién nos tose á nosotros?

He dicho.

Babia, 12 de los 1800....

UN PRESUPUESTÍVORO.

Un editor de esta corte, piensa publicar un libro titulado:

LAS MIL Y UNA BOLAS,

CUENTOS VICALVARISTAS

POR D. MANUEL MARIA HAZAÑAS.

Gonzalez Serrano, al verse humillado por Hazañas, porque no ha sabido dar el *do* de pecho, se ha puesto á estudiar música con el general O'Donnell.

El general O'Donnell piensa dar un concierto musical, y demostrar á los españoles sus conocimientos de *solfeo*.

El público lo sabe, y está prevenido.

Voces que se oyen desde hace ocho días en la puerta del Congreso:

—¡A real el libreto de la ópera!
—¡Libritos de educacion, á cuatro cuartos!
—¿Señorito, quiere Vd. que le guarde el baston?
—¡Horchata!

Al Sr. Rios Rosas se le ha roto la campanilla.

También el Sr. Hazañas, antiguo director de loterías, ha pronunciado en el Congreso un discurso graciosísimo y saladisimo.

Este señor aconsejaba á la mayoría que dejara hacer al duque de Tetuan todo lo que le diese la gana.

Hace ya tiempo que, por su parte, el Sr. Hazañas deja que el duque de Tetuan haga todo lo que quiere.

Hace pocos días que en el Congreso prdujo un gran efecto el *cuento* del Sr. Hazañas.

El general O'Donnell ha resuelto nombrarlo *contador* perpetuo.

La Esperanza hace una defensa muy católica de la jóven Luisa, niña inapreciable que desea la muerte de su padre para poder ella dedicarse con toda libertad á adorar á Dios sobre todas las cosas, y por supuesto, al prógimo como á ella misma.

¿Tiene padre Garulla?
Si es que le tiene, aconsejamos á este señor mayor que gaste una cota de malla como la que usa día y noche el general O'Donnell.

Ha sido denunciado un periódico porque se permitió dudar del valor personal del duque de Tetuan.

¡Si será valiente el señor duque!

Un periódico trata de establecer, á propósito de la dictadura, un paralelo entre Sila y O'Donnell.

Estamos conformes con las apreciaciones de nuestro colega, sin más que hacer, aplicada al dictador moderno, la siguiente correccion: donde dice *Sila*, léase *Lila*.

La noche en que cayó del ministerio Alonso Martinez, oímos cantar esta copla:

Con la Guerra queda O'Donnell,
la Hacienda pasa á Ultramar,
la Marina no se mueve,
y el Estado, ¿dónde va?

Por patriotismo, ha dicho el general O'Donnell, que ha llevado al Congreso la cuestion de los certificados ingleses. Y tiene razon, por puro patriotismo... irlandés.

Se habla de una modificacion ministerial, en que los ministros cambiarán de carteras, entrando en Fomento el duque de Sexto.

Me alegraré por el fomento... de la cria caballar.

También se ha hablado del Sr. Hazañas, para ministro de Hacienda.

Si esto es verdad, nada más justo que mudar el nombre á la Caja de Depósitos, y llamarla Caja de Despropósitos. Hazañas y D. Leopoldo se encargarán de llenarla.

Por falta de pruebas, ha dicho el general O'Donnell, que no encarcela y fusila á una porcion de sugetos.

Vea Vd.; yo sé de mucha gente que tienen pruebas bastantes para hacer eso y mucho más con ciertas personas.

Proyecto de epitafio para el Sr. Alonso Martinez.

¡Nació! y con loca alegría,
las campanas aquel día
llenas de amoroso afán,
repicaban á porfía,
¡tan, tan, tan!
¡Murió! sus glorias enanas
pregonan gentes livianas
de los silbidos al son,
y repican las campanas,
¡ton, ton, ton!

Escena primera de una zarzuela trágica.

Coro de periódicos ministeriales.—El Sr. Alonso Martinez es la única salvacion de la Hacienda española. La caída de un ministro tan entendido y sabio sería funesta para la patria.

(Alonso Martinez da el gran batacazo del siglo.)

Coro de periódicos ministeriales.—La caída del ministro de Hacienda era necesaria. ¿Quién no ha visto que la desgracia ha acompañado todos los proyectos rentísticos del apreciable ex-ministro? Un día más y viene la gorda.

Posada Herrera (pasando la mano por el lomo del Sr. Bermudez de Castro).—Al fin nos hemos deshecho de ese desventurado jóven. ¿No es verdad, Sr. D. Manuel, que nuestro ex-compañero estaba desprestigiado?

Bermudez de Castro (cogiéndose la mano derecha con la izquierda).—Es verdad: debió retirarse hace ya mucho tiempo. Por mi parte aseguro que...

Posada Herrera.—Sí, ya sé: Vd. se hubiera cortado una mano antes que continuar al frente del departamento de Hacienda en las presentes circunstancias. Ya vé Vd.: fracasó el proyecto del Banco nacional y...

(La cara del ministro de Estado trueca su habitual color de aceituna manchega por el remolacha más subido.)

Bermudez de Castro.—(Me revienta este tio.)

Posada Herrera.—(Ya te cortaré yo los vuelos.)

El país.—¡Cortar! Buena falta hace. Aquí estoy yo.

(Tableau.)

Crónica religiosa.

Santo del día.—San Manuel Alonso, mártir y confesor.

Cuarenta horas.—Se pasan mortales esperando que don Leopoldo diga algo que pueda entenderse.

Cultos.—Gozos á San Luis, en San Daniel de los moderados.

Procesion.—Anda por dentro.

Espectáculos.

Teatro del Congreso.—Turno par.—A las ocho y media. —A beneficio de las víctimas del proyecto-diluvio.—*Cánovas el de los Consejos.*—Baile nacional.—*Abrame Vd. la puerta.*

Se está ensayando la comedia nueva, *El triunfo del Ave, maria*, y la pieza en un acto, *Don Sabino*.

Anuncios.

Se vende una partida de las que nos ha jugado el gobierno. Dirigirse á la calle del Pez, juzgado de imprenta.

¡Buena ocasion!—Los que quieran armarla, pueden contar con la ayuda del vecino.

¡40.000 corbatas!—De hierro colado, para los escritores liberales. Portería del ministerio de la Gobernacion del reino.

Exposicion universal de bolsillos.—En toda España, á todas horas y en todo el tiempo que dure la Union.

Especialidad en botas de montar.—Calle del Barquillo, como quien tuerce á la mano, están de muestra.

Ferro-carril de Madrid á Manila.—Servicio directo entre ambas poblaciones. Salen trenes cada ocho días de la fiscalía de imprenta. Viaje pagado, con sólo escribir en cualquier periódico.

Gilblasiana.

Se ha quedado con ella el fiscal de imprenta.

GALERÍA DE CONTEMPORÁNEOS.

Número 34.

Vino de Santander hecho un macaco, y aunque es, como político, muy poco, sirvió en Hacienda y con gentil descoco puso atrevido á una cartera el taco.

Sus desaciertos han llenado el saco, y—¡por su causa!—nuestra ruina toco, cuando él, con cifras quiere hacer el coco y se juzga un *Horacio* por lo *Flaco*.

Buscando su talento me desnucó, y le hallo rutinario como un mico, y en la inventiva un pobre zamacuco.

Es hacendista, pero lo es de pico; más le temo á sus planes que á un trabuco; ¡conque échele usted guindas á Perico!

EDITOR RESPONSABLE, D. LORENZO GUTIERREZ.

MADRID: 1866.

IMPRENTA DE R. LABAJOS, CALLE DE LA CABEZA, 42.